



LAS SIETE CABEZAS DEL DRAGÓN Y LA ESPADA DE SAN MIGUEL (PECADOS CAPITALES Y VIRTUDES CONTRARIAS)

Hemos escuchado en la Primera Lectura el capítulo 12 del Apocalipsis, en el que se ha hablado de esa gran batalla entre esa mujer vestida de sol y ese dragón rojo. Yo, -por cierto-, llevo esta casulla con la imagen de la Guadalupana, que obviamente es una imagen del capítulo 12 del Apocalipsis, la mujer vestida, revestida del sol enfrentándose a ese dragón con siete cabezas que es expulsado del cielo. **San Miguel es el poder de Dios que expulsa con su espada a ese dragón rojo.** Por eso os quiero hablar de esa batalla entre San Miguel frente al dragón, las siete cabezas de San Miguel, perdón, del dragón, y la espada de San Miguel, las siete cabezas del dragón. ¿Cómo podemos, cómo debemos de entender las siete cabezas del dragón? Pues yo creo que son los siete pecados capitales, así de claro, los **siete pecados capitales son las siete cabezas del dragón.** Hagamos una catequesis, una breve catequesis sobre ellos, para que le pidamos a San Miguel esa fuerza para poder cortar esa cabeza con decisión, cortar la cabeza de ese dragón.

Primer pecado capital es la gula, y tiene la virtud de la templanza como virtud contraria a la gula. Queridos todos, me quiero dirigir a todos los presentes, pero de una manera especial a los jóvenes: jamás, y lo digo por referencia al pecado de la gula, en el que uno siente como la incapacidad de ponerse límites a sí mismos, ve que sus debilidades son más fuertes que él, ve que dice: "se acabó con esto, o voy a cortar por lo sano" y ve que es incapaz de poner ese límite. Bueno, yo creo que jamás habíamos, en nuestra cultura, hablado tanto de libertad y jamás habíamos tenido tantas esclavitudes y adicciones. Esto es **un signo de nuestro tiempo, es un mundo que habla de libertad y un mundo que está lleno de esclavitudes y de adicciones**, esa falta de autocontrol en el comer, en el beber, en las drogas, en el sexo, en el juego, en la utilización de las tecnologías, en tantísimas cosas. Es el pecado capital de la gula, en el que comprobamos hasta qué punto estamos siendo sometidos. Hay una dictadura, una dictadura que está muy consolidada porque ha llegado a conseguir que los esclavos sientan placer en ser esclavos, y claro, cuando un esclavo siente placer en ser esclavo no se revela frente al dictador, no se revela. Y esa es la situación de la gula, **uno siente placer en su esclavitud y entonces tiene el riesgo de no revelarse frente a quien le está esclavizando.**

Creo que es importante que caigamos en cuenta de que **detrás de esa esclavitud de la gula, detrás de esa búsqueda de placer, hay un intento de aliviar un dolor dentro de nosotros, es buscar una compensación.** Pero claro, hacerlo equivocadamente porque solamente Cristo puede aliviar ese dolor que hay dentro de

nosotros, esas heridas. Cristo ha venido a liberarnos, y es verdad que a veces nos libera, nos puede liberar de una manera milagrosa, de repente quitarnos una adicción.

Yo hace no mucho, allí en Alicante, tuve un coloquio público con un agnóstico en el que el Obispo y el agnóstico debatían sobre la existencia de Dios. Os podéis imaginar que aquello tenía su morbo. Tenía su morbo pues el Obispo y el agnóstico allí hablamos en un foro público, pero después de que cada uno habíamos hablado de nuestros argumentos y argumentos y argumentos, cada uno nos quedamos con lo nuestro, como os podéis imaginar Al final hubo preguntas y el público participó, y hubo un hombre que levantó la mano, y dijo: "Bueno, ustedes han hablado de las razones en pro de la existencia de Dios y en contra de la existencia de Dios y, ustedes las han desarrollado bueno, me parece bien, pero yo tengo mis razones", -decía él-, "tengo mis razones. Yo fui adicto", -no dijo qué adicción era-, "yo fui adicto muchos años en mi vida e hice todo lo que yo pensaba que podía hacer para intentar romper con esa adicción. Luché espiritualmente, hice promesas a Dios, hice novenas, fui al psicólogo, busqué acompañamiento, busqué terapeutas y me era imposible romper con esa adicción y perdí la esperanza, ya dejé de pedirlo. Y un año fui a la Vigilia Pascual y entré en la Vigilia Pascual tal y como era, ni se me ocurrió pedir nada en esa Vigilia Pascual, únicamente le dije: 'Aquí me tienes, Señor, mira cómo estoy'. Y cuando salí de esa Vigilia Pascual", decía él, "de repente, sin haber hecho nada más, aquella adicción desapareció. Llevo años sin esa adicción sin que ocurriese nada. Yo solo sé, yo solo sé que antes era ciego pero que ahora veo, yo solo sé que antes era un esclavo y ahora soy libre. Ustedes han hablado de razones para creer en la existencia de Dios, -dice-, yo tengo una: yo solo sé que antes era adicto y ahora soy libre".

Yo dije para mí, -bueno, pues éste nos ha dejado nuestro debate, vamos, lo ha superado a la quinta potencia, obviamente-. Porque la mayor muestra de la acción de Cristo es su liberación. Pero lo cierto es que, aunque Dios lo pueda hacer de esa manera milagrosa como la hizo con ese hombre, lo frecuente, lo lógico, lo ordinario es que esa liberación de Cristo se produzca en medio de una gran batalla dentro de nosotros, de una gran batalla. Yo me atrevería a decir que si ese hombre no hubiese luchado con la batalla que luchó anteriormente, que le parecía que fracasó, no hubiese recibido ese milagro. Ese milagro también era un poco proporcional a su lucha de todos los años anteriores frente a su adicción, frente al intento de ejercitarse en la virtud de la templanza.

A veces hacemos grandes proezas delante de los demás y, sin embargo, no somos capaces de ofrecer el vencimiento de nuestra comodidad ante el Señor. Delante de los ojos de los demás soy capaz de hacer grandes favores a los demás, me piden un favor y soy capaz de hacer un favor inmenso, y sin embargo, al Señor tal vez no soy capaz de darle mi comodidad, en la intimidad que tenemos entre él y yo; ser capaz de negarme a mí mismo. **A San Miguel le pedimos su espada firme y su espada fuerte para cortar esa cabeza del dragón que nos esclaviza, que es el pecado capital de la gula.**

El segundo pecado capital, **la segunda cabeza del dragón es la ira, y la virtud contraria es la paciencia.** Impresiona comprobar también en nuestro mundo no solo la debilidad, las adicciones de la gula, etcétera; también impresiona comprobar la violencia que existe en nuestra cultura, la pérdida de papeles, los estallidos coléricos. Basta asomarse a Twitter, asómate a Twitter y mira cómo está el ambiente: la gente se muerde a dentelladas. A veces con un telón de fondo ideológico, pero muchas veces en la vida cotidiana, hay enemistades increíbles entre personas, filias, fobias, y cuántas personas se ven incapaces de controlar esa irascibilidad que tienen dentro de ellas.

Que conste que **Dios nos ha dado la pasión de la irascibilidad**, es una pasión de Dios, pero **para combatir al maligno**. Dios ha querido que tengamos pasiones fuertes y una de ellas -lo dice Santo Tomás de Aquino-, es la irascibilidad dirigida al maligno. El problema está que nosotros muchas veces nos equivocamos de enemigo, nos equivocamos de enemigo y en vez de dirigir nuestra pasión de lucha frente a él, la dirigimos a quien no es nuestro enemigo. **El Señor quiere darnos la espada de San Miguel para ejercer la lucha contra nuestra violencia interior**, ejerciendo el *agere contra* que dice San Ignacio de Loyola: **llévate la contra a ti mismo**. En el fondo, la ira es como una ola que alcanza un pico y luego se rompe. Si eres capaz de esperar a que la ola se rompa, ganas control y puedes responder de modo más reflexivo y pausado. La paciencia es la capacidad de bendecir la existencia, **la paciencia es la capacidad de decir: yo confío en Dios esperando que Dios nos lo dará a su tiempo y en su momento**. Dios sabe más, Dios tiene la última palabra. Yo espero que llegue el momento de gracia, tengo paciencia, la victoria es de Dios. Y esa espada de la paciencia de San Miguel es la que corta el pecado capital, corta esa cabeza del dragón que es la ira.

La tercera cabeza del dragón, **el tercer pecado capital es la lujuria**, que tanto nos hace sufrir, **y la espada de San Miguel nos quiere dar el don de la castidad**. La lujuria no es un simple pecado capital, nos hiere lo más profundo porque afecta nuestra vocación al amor, es que el hombre ha nacido para amar y la lujuria impide amar. Alguien decía: “el porno mata el amor, es que lo mata”. Y además también la lujuria está atacando nuestra propia identidad porque la sexualidad está fundando nuestra propia identidad masculina, femenina. La lujuria no únicamente deforma la vocación al amor para la que hemos sido creados, sino que deforma nuestra propia identidad, nuestra masculinidad, nuestra feminidad. **La lujuria es la vivencia de la sexualidad desligada del sentido con el que Dios la creó**. Dios creó la sexualidad con un sentido, ¿y cuál ese sentido? Pues forjar nuestra identidad masculina y femenina, ser un vehículo de expresión de amor, de entrega de la vida, y en tercer lugar, en la apertura a la transmisión de la vida. Y, sin embargo, ha venido el maligno y nos ha hecho crecer, y nos ha hecho creer -perdón-, pues que el sexo es un instrumento para obtener placer y nada más, y lo ha desarraigado del sentido con el que Dios lo ha creado. Y cuando olvidamos que el fin de la sexualidad es ese que hemos explicado, cuál es la finalidad con la que Dios lo creó, en ese momento nos condenamos a nosotros mismos a tener un placer decadente, cada vez más decadente. Por eso, queridos hermanos, pidamos a San Miguel su espada poderosa porque **la castidad es la integración del amor**, es la virtud que hace posible amar al otro como persona, no utilizarla, amarla como es. **La virtud de la castidad es la brújula que nos permitirá encontrarnos y ser dueños de nosotros mismos**.

La cuarta cabeza del dragón, **el cuarto pecado capital, la avaricia, y la generosidad es su virtud contraria**. El pecado capital de avaricia esconde la valoración de la vida por el tener y no por el ser. Hay muchas personas que valoran a los demás por lo que tienen, no por lo que son. Que se comportan de manera absolutamente diferente cuando: están al lado de alguien que sabe que tiene dinero, tienen hacia él una especie admiración o envidia o avaricia, una de las dos cosas. Ahora bien, ¿de qué nos sirven las riquezas, los bienes, el dinero, si no están al servicio del amor? ¿De qué te sirve tener si no es para amar? ¿De qué te sirve? La inteligencia sin amor te hace perverso. La justicia sin amor hace inmisericorde, la diplomacia sin amor te hace hipócrita, el éxito sin amor te hace arrogante, la riqueza sin amor te hace avaro, la docilidad sin amor te hace servil, la pobreza sin amor te hace perder la dignidad, la belleza sin amor te hace

vanidoso, la verdad sin amor te hace hiriente. Todo lo que puedas tener sin amor se corrompe. Por eso, estamos llamados a acabar con la avaricia, a luchar contra ella, cortar su cabeza con decisión, cayendo en cuenta de que todo lo que tenemos en nuestra vida es un don inmerecido. **¿Qué tengo yo que no haya recibido si todo es don, si todo es gracia? Estoy llamado a compartirlo.** Contra la avaricia, generosidad; gratis lo has recibido, dalo gratis.

La quinta cabeza del dragón, **el quinto pecado capital es la acedia**. Actualmente le solemos llamar la pereza. La verdad es que yo creo que fue una pérdida el que con el paso de los siglos el pecado capital de la acedia pasásemos a llamarlo pereza. Sí tienen algo que ver, ciertamente, pero la palabra acedia dice más que la pereza. La pereza en el fondo es una cuestión de la pereza de voluntad débil, alguien perezoso es alguien que tiene la voluntad débil, pero en la acedia implica más que la voluntad, implica mis ilusiones, mi ideal, mis esperanzas. **El pecado de acedia consiste en la atonía de vida, en no tener verdadera esperanza en la vida, en no disfrutar de la vida**, vivir la vida de una manera anodina. Ese es el pecado de la acedia, no alegrarse de la vida, no gozarla, no vivirla en plenitud, arrastrarse en esta vida. Y ciertamente, sé que es duro que alguien en esta vida se entregue, se sacrifique y no disfrute de lo que hace. Estás sacrificándote, estás estudiando, estás trabajando y no disfrutas lo que haces porque quizás estás bajo el influjo de la acedia, que es la pérdida del amor primero, es la pérdida del sentido de la vida. **La virtud contraria a esa acedia, a esa pereza, es la diligencia, es el fervor, estar enamorado de la vida**, enamorarte de la vida. Y cuando uno se enamora de la vida vence fácilmente la pereza. En una escuela de jinetes donde se enseñaba la hípica, cómo saltar los obstáculos, había allí un letrado que decía: "Si quieres aprender a saltar como un buen jinete los obstáculos con tu caballo, lanza tu corazón por encima del obstáculo y el caballo irá detrás de él". Ahora bien, si tú estás viendo únicamente el obstáculo, el obstáculo, el obstáculo, al final te lo tragas, -sabes-. Solamente el que ha sido capaz de lanzar el corazón por encima del obstáculo, el enamorado de la vida, el que está enamorado de la vida será capaz de mover ese caballo, su propio cuerpo, remover toda la pereza. Por lo tanto, **no se trata de decir querer es poder, eso es voluntarismo; se trata de decir en Jesucristo todo lo podemos**, se trata de decir que cuando estamos enamorados de Jesucristo, la pereza deja de existir. **La pereza en el fondo es la consecuencia de no haberse enamorado del don de Dios**. Pidamos esa gracia, la gracia del don del enamoramiento de Jesucristo y de la vocación que nos ha dado para superar la enfermedad de la acedia y vencer nuestra pereza.

El sexto pecado capital, **la sexta cabeza del dragón, la envidia**. La envidia que tiene frente a ella el pecado -mejor dicho-, **la virtud contraria de la caridad fraterna**. **La envidia consiste en vernos entre nosotros como competidores en vez de percibirnos como dones de Dios**. Los demás son mi competencia, me hacen sombra. El silencio del envidioso está lleno de ruidos, le molestan tremendamente todos dones de los demás. Engendra tristeza, sufrimiento, desánimo, convierte nuestra vida en una competición entre acomplexados. Uno tiende a aislarse, cuando se es un envidioso tiende a aislarse, se ve mal cerca de ellos, procura no acercarse a quien le puede dañar. Y lo cierto es que **la virtud la caridad fraterna es aquella que ensancha nuestro corazón**, lo ensancha. Quevedo decía que: "La envidia es flaca y amarilla porque muerde pero no come", sin embargo la caridad fraterna come pero no muerde". Y creo que es una hermosa expresión de ese literato del siglo de oro español. Se trata de ver en los demás, dones, estímulos; entender que entre todos hacemos uno, entender que somos una comunión y que Dios ha puesto alrededor de nosotros, dones

complementarios: ¡Qué bueno es Dios cómo reparte sus dones! **Entender que hay una providencia por la que nos complementamos**, que nadie sobra, todos sumamos en ese gran cuerpo místico de Cristo.

Y por último, **el último pecado capital** que, sin duda alguna, es el principal, **es el de la soberbia: es la cabeza preeminente del dragón**. Y si algo es San Miguel, es humilde, aquel que grita: "¿Quién como Dios?". La soberbia lo que incluso la tradición dice que es preferible la debilidad de la carne a la soberbia del espíritu. La soberbia deforma la realidad del hombre, su pequeñez, su creaturalidad, saber que somos creaturas delante de Dios. El desconocimiento de lo que somos, de nuestra pequeñez, cuando no vivimos en verdad, cuando no somos conscientes de que somos criatura de Dios, entonces es cuando nace la soberbia en nosotros. ¿Quién como Dios? San Miguel quiere que reconozcamos al mismo tiempo nuestra pequeñez y nuestra dignidad: yo no soy nada pero para Dios lo soy todo, envió a su hijo Jesucristo por mi salvación; qué pequeño soy pero al mismo tiempo qué grande soy ante Dios. **La humildad es vivir en verdad reconocer que no soy nada, caer en cuenta que para Dios lo soy todo**, y sufrir con paciencia que los demás me critiquen porque en el fondo no soy nada. Y no crearme las alabanzas que me dirijan porque en el fondo todo lo bueno que tenga es Dios que me lo ha dado. **La virtud de la humildad muchas veces**, como no la ejercemos suficientemente bien, **Dios la suele complementar con las humillaciones de la vida**. Os invito a una cosa: que recibamos las humillaciones que la vida nos traiga como una especie de complemento que nos ayude a ser verdaderamente humildes. Creo las contradicciones, las humillaciones, los menosprecios de los que podamos ser objeto son un regalo de Dios para cortar la cabeza del dragón, la cabeza de la soberbia. **Abracemos nuestras humillaciones**, abracémoslas, no nos rebotemos frente a ellas, **porque son un instrumento de Dios para vencer la soberbia**.

Así pues, queridos hermanos, estamos en la parroquia de San Miguel y este arcángel nos invita a ser contundentes en la batalla. Jesucristo nos dice: "si tu mano te hace caer, córtatela; si tu ojo te hace caer, sácatelo". **Jesucristo nos pide contundencia, radicalidad en la lucha, en la batalla que acontece dentro de cada uno de nosotros**. Creo que esta pequeña catequesis, este recuerdo de las siete cabezas del dragón es una buena oportunidad para que le pidamos al Señor la radicalidad evangélica. La victoria es de Cristo, pero ahora tiene que librarse dentro de cada uno de nosotros. **Vayamos a la batalla con decisión, entreguémonos a ella**. Esta vida es una gran batalla. Una gran batalla: "He venido para traer fuego a la tierra, ¡y ojalá estuviera ya ardiendo!".

Lo peor que puede ocurrir en nuestra vida es que vivamos en un irenismo, en un falso pacifismo, porque eso quiere decir que nos hemos dado cuenta ante quién libramos la batalla. Que San Miguel os proteja, que San Miguel cuide de esta parroquia y de vuestras parroquias y de vuestras comunidades. Que nos acojamos a él, nos acojamos a su fortaleza, a su espada firme y que nos conceda participar de la victoria de Cristo. **La victoria es de Cristo y de todos aquellos que seguimos sus pasos y que nos ponemos bajo su bandera, que es la bandera de Miguel**. Os invito a hacer un breve momento de silencio en el que dirijamos esta súplica de victoria a Jesucristo, pidiéndole a San Miguel que nos custodie en la batalla.